

## CUENTO SIN TÍTULO

Baldomero Lillo

Por encima de la cerca asomó la cara sonrosada de Nieves. Marcos sofrenó la briosa yegua que se rebullía impaciente y abandonando las riendas sobre el arqueado cuello, se volvió hacia la joven que le preguntaba risueña:

—¿Mucho he tardado?

Él, no contestó, embelesado en la contemplación de aquél rostro que se destacaba, encantador y fresco, en el oscuro y seco ramaje de la palizada. Los cabellos castaños, recogidos en dos gruesas trenzas, orlaban la frente estrecha en la que se dibujaban puramente las arqueadas cejas, bajo las cuales los ojos garzos, rasgados, espléndidos, brillaban luminosos, fascinadores.

La purpúrea boca de Nieves hizo una graciosa mueca.

— ¡Vaya! ¡Qué callado estás!

Marcos sonrió a su vez y contestó con apasionado acento:

— Es que cuando fijas en mí tus ojos, se me traba la lengua y siento en el alma una borrachera y una luz que me ciega como si mirase al sol.

Nieves soltó una alegre carcajada y dijo, entornando los pesados párpados orlados de sedosas pestañas.

— Bueno, en adelante los cerraré así. ¿Qué te parece?..... Más cuando sus labios iban a tocar la carminada boca, un movimiento de la montura desvió el beso que rozó apenas la satinada mejilla de la joven, quién abriendo los ojos y echándose atrás, profirió con fingido enojo.

— ¡Ah, traidor! ¿Con que esas tienes? Bueno es saberlo— y lo amenazaba, severa y risueña, con el índice en alto.

Marcos dio una sofrenada a la yegua diciendo despechado:

— ¡Maldito recotín! Hembra habías de ser!

Nieves rió bulliciosa y alargó por entre las ramas el torneado brazo para acariciar las crines del animal, diciéndole en voz mimosa:

— Gracias, Abeja. Así me gusta. Estórbale. No lo dejes que haga picardías.

Marcos cogió sorpresivamente aquél brazo, de la muñeca y reanudó su empeño de besar a la joven que esquivaba la caricia, azuzando a la yegua:

— ¡Sus, Abeja! ¡No te acerques, Abejita!

Y el nervioso animal, como si quisiera complacerla, pugnaba por apartarse de la cerca, piafando y encabritándose a pesar de los esfuerzos del jinete por aquietarla.

—¡Nieves —suplicó el mozo— a las dos tengo que estar en las casas. Son más de las nueve y hay dos leguas y media que galopar... Uno, uno sólo y me voy...

—Bueno, pero suéltame primero.

—No, no ¿para que te escapes como ayer? No soy tan inocente.

—¿Sí, pues? Entonces ¡sus! ¡sus! ¡Abeja! ¡No te acerques linda!

—Peor para ella. Mientras más me demore aquí, más tendrá que correr después.

Si se cae muerta en el camino tu y ella tendrán la culpa.

Esta última consideración venció la resistencia de la joven que, cesando de inquietar al animal, adelantó el rostro y con las mejillas encendidas ofreció sus labios, murmurando con voz queda y temblorosa:

¡Qué malo eres! Pobre ¡Abeja!

Bajo el cielo riente, de la esplendorosa mañana, el dulce chasquido de un ósculo largo, prolongado; interminable, propagó por la campiña una vibrante eclosión de vida. Pieron alegremente los pájaros, los insectos multiplicaron sus vertiginosas espirales y los tábanos como saetas de luz surcaban con sordo zumbido el aire tibio de la esplendorosa mañana. Y hasta Abeja sintiendo correr por su fina piel un extraño effluvio alzó la cabeza fina y gallarda y largó un relincho poderoso.

De pronto crujió el seco ramaje, los brazos de desenlazaron y Marcos se enderezó en la montura, diciendo con acento lleno de pasión, inflamado el rostro y los ojos echando llamas.

—Me voy, Nieves. ¡Hasta mañana!

Y sin aguardar respuesta se inclinó en la montura tocando con las grandes rodajas de sus espuelas los flancos de la yegua que, mordiendo rabiosa el freno, dió un gigantesco bote, saliendo enseguida disparada como una saeta.

Nieves, rojas las mejillas, los ojos húmedos y palpitante el redondo seno quedóse absorta contemplando al gallardo jinete que desaparecía a lo léjos, envuelto en una nube de polvo. Abeja devoraba el espacio tocando apenas el suelo con sus menudos y acerados cascos.